

El cuerpo y sus marcas: ¿A las palabras se las lleva el viento?¹



SUSANA GARCÍA²

¿Ver no es creer que podremos poseer ese objeto para siempre?

Raoul Moury (1991)

El Cuerpo en la clínica actual abarca un sinnúmero de aspectos que es imposible abordar en este encuentro, solo para señalar algunos: el cuerpo enfermo, los accidentes, la infancia, el cambio adolescente, el envejecer forman parte de situaciones que hacen a nuestra práctica y que incidirán sobre nuestra forma de abordaje.

Otro aspecto tiene que ver con las modificaciones corporales buscadas por el sujeto a través de tatuajes, escoriaciones, *body art* e intervenciones cosméticas como el *lifting* entre otras. Hablamos siempre de cuerpo erógeno.

Estos cambios también están vinculados a situaciones y deseos de muy diversa índole, lo que me lleva a elegir un tema acotado que me genera dificultad y que me interroga acerca de mi posicionamiento como analista: la práctica del tatuaje múltiple, pero que no da cuenta de la pertenencia a un grupo social o pandilla, sino que se practica apelando a la estética.

Hace más de veinte años, *llegó a la consulta una mujer vestida con una musculosa* y vaqueros muy ceñidos, y toda tatuada. Me sentí incómoda, entre el asombro y el desagrado. Sus tatuajes de gran tamaño tenían motivos

- 1 Presentado en el Congreso APU de agosto de 2016: «El cuerpo: Encrucijadas». Este trabajo tiene el aporte de analistas jóvenes que me han hecho no solo reflexionar con los problemas que se nos plantean, sino poner en suspenso mis teorías. Con trazos clínicos, transcriptos o no, forman parte de él.
- 2 Analista titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. sgarvaz@gmail.com

marinos. Evoqué una historieta de mi infancia, *Popeye*, que además no me gustaba, y en el intento de recomodar mi asombro, me acordé de *El hombre ilustrado*, de Bradbury (1951/1955). Pero las diferencias eran notorias. Las imágenes móviles del hombre ilustrado generaban una peligrosa fascinación por su belleza, por su agrupamiento en relatos, que en su momento me habían hecho pensar en *Las mil y una noches* y además auguraban el futuro, es decir, la muerte. El hombre marcado ocultaba su cuerpo y quería arrancar de su piel los hermosos dibujos. Así lo expresa dolorosamente:

—Camino al sol durante horas, en los días más calurosos, cocinándome y esperando que el sudor las borre, que el sol las queme; pero llega la noche, y están todavía ahí. [...]

Las ilustraciones.

—Me cierro la camisa [...] a causa de los niños. [...] Me siguen por el campo. Todo el mundo quiere ver las imágenes, y sin embargo nadie quiere verlas.

Este recuerdo entre el ver y no querer ver lo pude asociar a lo que estaba ocurriendo transferencialmente con la paciente.

En la actualidad, como analista y supervisora escucho relatos de pacientes que llegan tatuados o se tatúan en medio del tratamiento. Son adolescentes y jóvenes, inteligentes, muchas de ellas estudiosas y hermosas.

Por desgracia y por suerte —porque sigo aquí—, he vivido importantes cambios en los ideales culturales respecto del cuerpo: su cuidado, el concepto de belleza y su estética. Pero mi dificultad consiste en preguntarme si puedo acompañar las prácticas actuales sin introducirles un sentido que temo esté muy impregnado por mis propios relatos.

Descartes me enseñó que el conocimiento se alcanza no por la percepción, sino sobre las ideas, sobre el pensar, y yo no puedo evitarlo. Es decir, soy moderna.

Hay situaciones flagrantes: ¿Por qué alguien se escribe en su cuerpo la palabra *Mamá*? ¿Tengo que renunciar a mi formación como psicoanalista y no pensar en fallas en ese encuentro primero, tan importantes que no han sido libidinalmente marcadas en lo psíquico y por ello es necesario exhibirlas en la piel dolorosamente?

Green (1998) señala que la representación y el afecto suelen estar intrincados, pero hay veces en que el afecto puede hacer naufragar la cadena del discurso y romper los diques de la represión (p. 527). Así surgen expresiones violentas, actos o, a veces, **desplazamientos** a objetos de importancia secundaria que permiten la exteriorización. Esto, nos advierte, puede llevar al analista a hipótesis, a interpretaciones anticipadas sin que puedan ser corroboradas con índices o signos más precisos.

Guy Le Gaufey (2016), en este mismo Congreso y criticando a Green y su postura respecto del afecto y la representación, admite que puede ser comprensible la crítica a Lacan (1974-1975) sobre el lugar del afecto al postular la primacía de lo simbólico (p. 9); sin embargo, esto es modificado cuando ese autor plantea el nudo borromeo al promover una «equivalencia» entre las tres dimensiones de lo imaginario, lo real y lo simbólico, «paso decisivo [dice Le Gaufey, 2016] para decir que cada una tiene el mismo valor en la determinación del sujeto que acogemos en la transferencia, que lo imaginario vale tanto como lo simbólico, que vale tanto como lo real, que vale tanto como lo imaginario», y que el corte de una de las amarras hace que el nudo se suelte, y cada uno va por su lado.

Si cada uno va por su lado, me pregunto, ¿eso no implica una patologización de la posición del sujeto?

Pero no me interesa hablar de patología, mi desvelo pasa por preguntarme, como analista, cómo posicionarme frente a estos modos de expresión que dan cuenta de nuevas formas de subjetividad.

El síntoma neurótico habla, sueña, comete lapsus, lo que nos permite sorprendernos paciente y analista una y otra vez, aún en su repetición.

¿Podríamos decir que el tatuaje habla? Escribir en la piel Mamá: ¿qué más claro que eso? Pero ese es justamente el problema, el exceso de claridad, la falta de velo que dificulta la posibilidad de una infinita semiosis. El tatuaje tiene la fijeza del acto, como muy bien señala Pelento (1999): «Es irreversible o difícilmente reversible» (p. 285).

¿Podríamos pensar que requiere una tarea de traducción por parte del analista? Suele suceder que el analista le ofrezca palabras al paciente, pero con frecuencia estas suelen no circular.

—Me gustan los cambios, me cambio el pelo todos los meses. Quedo bien distinta y me hago tatuajes pequeños a menudo. ¡Me encantan!
—¡Los cambios! —responde con asombro la analista— ¿Cambiar de color de pelo o modificar la piel de forma permanente es un cambio?
—Bueno, yo siempre le di mucha importancia a la estética...

Mientras la paciente relataba los distintos tatuajes que tenía y dónde, la analista hizo silencio y sintió mucha ajenidad, pero también se vivió ubicada como *voyeur*. ¿No sería esa una interpretación a la que tuvo que recurrir en silencio? De pronto, pensó en *la banalidad del mal* (Arendt, 1963/1999). ¿Una mujer a la que le encantan los tatuajes porque le importa la estética! ¿Qué más hay que pensar? ¿El problema es de la analista, que lo asocia con el horror, se angustia, se siente impotente y lo sufre?

Los tatuajes parecen dar cuenta de su «obstinado deseo de perdurar» (Copjec, 2002/2006, p. 37) del que habla Copjec, que además dice: que si bien «los modernos estamos comprometidos con la idea de nuestra propia mortalidad, no obstante albergamos la secreta e inarticulable convicción de que no somos mortales» (p. 69).

¿Pelea entonces por el no olvido que implicaría desmentir la muerte? Esto parece estar presente en Sofía, que perdió a su madre en la infancia, y expresa: «Me gusta la fijeza del tatuaje... fijar momentos en mí...», «me acuerdo mucho de lo que pasaba antes y después».

¿Antes y después de qué? Parece muy ligado al duelo, a una pérdida definitiva, parece corresponder una marca en la piel definitiva. Como un banco de memoria que impide el olvido, así lo señala Silvia Reisfeld (1999, p. 303).

El análisis como continente de angustias y actos destructivos favoreció en Sofía numerosos cambios, lo que hace posible pensar en un duelo que se va elaborando y permitiendo desplazamientos, pero el deseo de tatuarse permanece, y la analista es advertida: «Mirá que me voy a hacer otro tatuaje, ¿eh? Con mi amiga. ¡Las dos iguales!». Las dos iguales permite pensar en el espejo, algo de la no diferencia, la unión total e indiscriminada; la no pérdida parece mantenerse.

Este modo de pensar está vinculado a la modernidad. *La cocina del sentido*, como señala Barthes (1964/1993): «el mundo está lleno de signos, pero estos signos no tienen todos la bella plasticidad de las letras del alfa-

beto [...] la significación se convierte en la manera de pensar del hombre moderno» (p. 224).

Los tatuajes cumplen distintos cometidos, pero en la actualidad se han convertido en moda. Así lo refiere Ana Lía López Brizolara (2002), «modelos de subjetividad que ayuden a vivir y a “no morir”» (p. 230). Me pregunto: ¿Por qué esa imperiosa necesidad de evitar la muerte?

Pero también me interroga la importancia que tiene la imagen en los tatuajes. Javier García (2008), hablando del concepto de huella en Freud y su distinción con la percepción, señala que

es la investidura pulsional del otro la que hace que no se trate de una imagen sino de una marca. (p. 39)

[Agrega además que:] el pasaje de la pictografía a la escritura, cuando el trazo pierde su carácter icónico y obtiene su capacidad de significar (Pommier, 1993) pasaría de ser visto a leído. (p. 37)

No es que como analistas no leamos esos íconos, los interpretemos, pero estoy insistiendo en la necesidad del joven de marcar su cuerpo con íconos y la necesidad de fijar una imagen, de recurrir al acto y al dolor que implica, así sea una palabra escrita. No puedo dejar de pensar que estas marcas en la piel que tienen ese carácter de permanentes puedan dar cuenta de una dificultad de pasaje, como decía Barthes, a *la bella plasticidad de las letras del alfabeto*, a lo que yo agregaría: y al arrullo de lo fónico de las palabras; plasticidad que habla de la ampliación constante de sentidos, de las metáforas a descubrir.

Encontramos con frecuencia jóvenes pacientes que no solo tienen numerosos tatuajes, sino que se realizaron algunos de ellos junto con su madre o su padre: ambos tienen dibujos idénticos y grabados en el mismo lugar. ¿Forma de posesión del cuerpo del hijo? ¿*Ligazón* indisoluble? ¿*Tengo que renunciar a mi concepción sobre el incesto y la prohibición*?

Dufour (2003/2007) plantea la muerte del hombre moderno, la mutación antropológica... liberalismo que da rienda suelta al consumo alterando lo simbólico, donde el mercado parece ser el «nuevo gran Sujeto» (p. 87).

Creo que esto podría vincularse a muchos de los aconteceres del mundo actual: consumo, marketing, moda, pero me cuesta pensar en una

mutación antropológica, prefiero creer que hay algo que no comprendo. Que no estamos comprendiendo. Interpelar nuestras teorías y su lastre ideológico.

Judith Butler (2008) se pregunta: «¿*Qué puede hacer el yo en medio de sus repeticiones?*» (p. 90). También nos advierte que las leyes simbólicas deben reformularse una y otra vez, y no deben ser consideradas como un conjunto atemporal de leyes esenciales para la «cultura como tal» o para el «lenguaje como tal» (p. 88).

Esto nos implica a los psicoanalistas y nuestro modo de interpretar.

Podríamos plantear fallas en la simbolización, también hacer hipótesis sobre lo materno del origen o discurrir sobre la imposibilidad de los duelos por lo perdido, así como pensar el masoquismo, el concepto de yo-piel y las fracturas de las envolturas psíquicas, y hasta estaría en condiciones de generar hipótesis firmes que den cuenta en la clínica de estos presupuestos teóricos.

¿Pero estaremos entendiendo o acercándonos a qué nos quieren decir con la importancia de lo estético? ¿Qué implica fijar momentos inalterables que permanezcan siempre? ¿Son los tatuajes actos en los que falla la metáfora?

Marta Labraga (2002) señala la intolerancia radical a la pérdida, el anhelo narcisista de perduración, las vivencias de vacío, la rebelión permanente contra las marcas que deja en el cuerpo el paso del tiempo, como algo característico de nuestra contemporaneidad que puede acercarnos a este intento de perpetuidad de marcas que no cambiarán.

Diego Faraone (21 de julio de 2016), crítico de cine, plantea que en su film *Julieta*, Almodóvar «explora [...] lo que no puede nombrarse al interior de un núcleo familiar, que es quizá más influyente en la formación de un individuo que todo aquello de lo que sí se habla» (párr. 4).

La pregunta retorna: ¿Tendremos que seguir buscando palabras? ¿Cuáles son las que, atravesadas por nuestro deseo pero respetando el alter, logran algo nuevo para el paciente y su capacidad metafórica?

Ojalá que a nuestras palabras no se las lleve el viento. ♦

RESUMEN

Pretendo plantear la dificultad y el riesgo, en tanto analistas, de dar cuenta de nuevas formas de subjetividad, cuya comprensión puede verse interferida por un posicionamiento generacional que nos incluye en los relatos de la modernidad.

Respecto a los tatuajes en particular, cuyo punto es tratado en este trabajo, busco aproximar lo que configura el esfuerzo por no patologizar algunas de estas formas de expresión, sosteniendo los enigmas que dichos actos plantean. Esto me obliga a un recorrido sobre distintos autores, así como al abordaje de problemas clínicos que nos interpelan y nos obligan a una reflexión sobre el tema y a sostener las preguntas.

Descriptores: CUERPO ERÓGENO / CULTURA / TATUAJE / BELLEZA / PSICOANALISTA

SUMMARY

The paper is an attempt to discuss the difficulty and the risk involved, as analysts, in trying to account for new forms of subjectivity, the comprehension of which can be hindered by a generational stance that includes us in the narratives of modernism.

As regards tattoos in particular, which are discussed, the paper describes the effort needed in order not to consider some of these forms of expression as pathologies, sustaining the enigmas which these acts present to us. This effort imposes a revision of different authors, as well as the approach of clinical problems that question our practice and force us to reflect on the subject and to sustain the questions.

Keywords: EROGENOUS BODY / CULTURE / TATTOO / BEAUTY / PSYCHOANALYST

BIBLIOGRAFÍA

- Arendt, H. (1999). *Eichmann en Jerusalén: Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen. (Trabajo original publicado en 1963).
- Barthes, R. (1993). La cocina del sentido. En R. Bathes, *La aventura semiológica* (pp. 223-225). Barcelona: Paidós. (Trabajo original publicado en 1964).
- Bradbury, R. (1955). *El hombre ilustrado*. Barcelona: Minotauro. (Trabajo original publicado en 1951).
- Copjec, J. (2006). *Imaginemos que la mujer no existe*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. (Trabajo original publicado en 2002).
- Dufour, D. R. (2007). *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires: Paidós. (Trabajo original publicado en 2003).
- Faraone, D. (21 de julio de 2016). El silencio. *Brecha*. Disponible en: <http://brecha.com.uy/el-silencio/>
- García, J. (2008). Cuerpos escritos. En L. Glocer (comp.), *El cuerpo: Lenguajes y silencio*. Buenos Aires: APA Editorial.
- Glocer, L. y Giménez, A. (2008). Entrevista a Judith Butler. En L. Glocer (comp.), *El cuerpo: Lenguajes y silencio*. Buenos Aires: APA Editorial.
- Green, A. (1998). Acerca de discriminación e indiscriminación afecto-representación. *Psicoanálisis*, (APdeBA), 20(3), 517-588.
- Labraga, M. (2002). *Cuerpo sexuado y escritura: El cuerpo en Psicoanálisis*. Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay.
- Lacan, J. (s. f.). Seminario del 10 de diciembre de 1974. En J. Lacan, *Seminario 22*. (Trabajo original publicado en 1974-1975). Disponible en: <http://www.lacanerafreudiana.com.ar/2.1.10.1.%20CLASE%20-01%20%20S22.pdf>
- Le Gaufey, G. (2016). El nudo corporal. En El cuerpo: Encrucijadas. Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Montevideo.
- López Brizolará, A. (2002). *Tatuajes hoy: El cuerpo en Psicoanálisis*. Montevideo: Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Disponible en <http://studylib.es/doc/315358/tatuajes-hoy---asociaci%C3%B3n-psicoanal%C3%ADtica-del-uruguay>
- Moury, R. (1991). El apoderamiento visual o la desmentida de la pérdida. En A. Missenard, J. Guillaumin, G. Rosolato, J. Kristeva, Y. Gutierrez, J.-J. Baranes et al., *Lo negativo: Figuras y modalidades*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pelento, M. L. (1999). Los tatuajes como marcas: Ruptura de los lazos sociales y su incidencia en la construcción de la subjetividad individual y social. *Revista de Psicoanálisis*, 56(2), 283-297.
- Reisfeld, S. (1999). El cuerpo tatuado: Una mirada sobre los adolescentes con tatuajes múltiples. *Revista de Psicoanálisis*, 56(2), 299-308.